



Ángel arcabucero, anónimo, Bolivia, hacia 1680, La Paz, Bolivia, Museo Nacional de Arte. Página opuesta, Descripción del Cerro Rico y la villa imperial de Potosí, por Gaspar Miguel de Berrio, 1758, Sucre, Bolivia, Museo de Charcas.



ARTE COLONIAL ESPAÑOL

CRISOL IMPERIAL

LA CONQUISTA DE AMÉRICA PRODUJO UNA FUSIÓN CULTURAL A UNA ESCALA SIN PRECEDENTES EN LA QUE LAS FORMAS E ICONOGRAFÍA DEL RENACIMIENTO Y BARROCO EUROPEOS SE MESTIZARON CON LOS VALORES, LA IMAGINERÍA Y LAS TÉCNICAS DE LAS GRANDES CIVILIZACIONES INCA Y AZTECA. VÍCTOR MÍNGUEZ EXPLICA LA RIQUEZA DE ESTE ENCUENTRO Y EL ARTE QUE GENERÓ

CUANDO EN 1492 la flota castellana del almirante Colón llegó a las Bahamas y las Antillas, se inició un vertiginoso proceso de culturización sin precedentes. Nunca antes un inmenso continente había sido conquistado y colonizado a través de rutas oceánicas. Las cifras de la expansión española siguen asombrándonos en la actualidad: en 1490, los dominios insulares comprendían 4.000 Km²; solo cincuenta años después,

en 1540, América había aportado más de dos millones de kilómetros cuadrados. Para integrar estos inmensos territorios y su población nativa en la geografía de la naciente Monarquía Hispánica fue necesario un formidable proceso de asimilación cultural, en el que el arte y las imágenes desempeñaron un papel capital. Durante varios siglos miles de carracas, naos, carabelas, galeones, fragatas y navíos cruzaron el Atlántico hacia el Oeste →

te transportando arquitectos, maestros de obras, pintores, tallistas, libros, grabados, imágenes devocionales y todo tipo de objetos que inundaron cientos de asentamientos, fuertes, conventos y ciudades de norte a sur, europeizando el Nuevo Mundo. Sin embargo, la sociedad colonial no pudo sustraerse a la influencia de la herencia humana prehispánica y a la diversidad del medio físico, tan distinto al del Viejo Continente.

No se puede comprender la complejidad artística en La Nueva España o en el Perú sin tener en cuenta las civilizaciones precolombinas, el proceso de evangelización, la variedad racial demográfica, la regularización del trazado urbano de las poblaciones,

el mestizaje cultural y el sincretismo iconográfico, el uso por arquitectos y artistas de materiales autóctonos, la existencia de una geografía hostil, la fortificación del Caribe y algunas urbes portuarias del Pacífico, o la bonanza económica debida a los recursos mineros. Tampoco se debe ignorar el papel que las celebraciones públicas y el arte festivo desempeñaron en el diseño de prototipos arquitectónicos y en la difusión de una cultura simbólica apoyada en la emblemática, la alegoría y la mitología.

Durante las primeras décadas del proceso de homogenización el papel desempeñado por las órdenes religiosas fue crucial. A partir de 1550 sus

conjuntos monumentales, formados por amplio atrio, capilla abierta, capillas posas, iglesia de una nave cubierta de bóveda de crucería y dependencias monásticas, se convirtieron en los centros ceremoniales de los pueblos indios. En ellos surgieron los primeros talleres artísticos genuinamente americanos, como los de fray Pedro de Gante en San José de los Naturales de México y fray Jodoco Ricke en San Francisco de Quito, o ya más tarde las reducciones jesuíticas en el territorio de la etnia tupí-guaraní o en la isla Grande de Chiloé. De forma paralela a la organización administrativa del territorio, surgió una sociedad cortesana agrupada en torno a las capitales virreinales de México y Lima, y ya en el siglo XVIII de Santa Fe de Bogotá y Buenos Aires. Las catedrales, los palacios, las universidades, las parroquias y los conventos urbanos sembraron de buena arquitectura las principales ciudades. Durante las últimas décadas del Imperio fue determinante desde el punto de vista cultural la creación de la Academia de San Carlos en México y el nacimiento de una conciencia criolla.

INMENSO MERCADO

A lo largo de tres siglos, América se constituyó en un inmenso mercado artístico en el que también fueron relevantes los intercambios que se produjeron entre los distintos territorios del Nuevo Mundo pertenecientes a los imperios español y portugués, y mediante la ruta de comunicación con Asia a través del océano Pacífico y el galeón de *Manila*. Los talleres más importantes no solo abastecían a los templos y conventos locales, sino que enviaban numerosas obras a poblaciones muy lejanas. Los obradores de Cuzco exportaban pintura a Santiago de Chile, La Paz o Lima, y la escultura quiteña era embarcada incluso rumbo a España e Italia. Pero también entre La Nueva España y Perú se produjo un importante flujo de obras de arte. No era extraño que un producto realizado en Filipinas viajara hasta Acapulco, y posteriormente desde México fuera enviado a Sudamérica. Mientras, a Europa llegaban objetos exóticos como arte namban, códices, enconchados o biombos. Y desde las colonias lusas



Retrato de sor Juana de la Cruz, anónimo, México, siglo XVIII, Madrid, Museo de América.



Palacio de Diego Colón, 1510-1514, Santo Domingo.

del sudeste asiático ciertas influencias orientales, especialmente en los sistemas decorativos, se proyectaron en las ciudades mineras del Brasil.

Intentar dibujar un breve panorama de la densa y compleja cultura artística colonial americana es muy difícil. El arte iberoamericano es múltiple y con distintas cronologías. El Barroco fue el estilo predominante, pero el Renacimiento y el Manierismo, característicos del siglo XVI, se extendieron en algunos territorios durante varias décadas del XVII; en Brasil, el llamado estilo Rococó, propio del siglo XVIII, conoció un inusitado vigor; en México, la creación de la Academia de San Carlos impulsó antes que en otros lugares la renovación academicista. También la presencia en algunos territorios de potentes culturas prehispánicas, como sucedió en México o Perú, implicó un mayor sincretismo cultural por la adopción de técnicas y tradiciones artísticas preexistentes, a diferencia de regiones como Río de la Plata o Brasil, donde los modelos europeos apenas fueron modificados —aunque sí adaptados—. La circulación de libros y estampas y la aparición de imprentas autóctonas resultaron decisivas: la temprana importación de los tratados ilustrados de arquitectura fueron determinantes para divulgar los parámetros esenciales de la fábrica de edificios modernos; los

grabados figurativos difundieron los modelos formales e iconográficos, y los textos, las bases doctrinales, morales e ideológicas de la Contrarreforma. La cultura humanista fue favorecida por la fundación de las primeras universidades y el surgimiento de círculos intelectuales en las principales ciudades del Nuevo Mundo.

TALLERES INDÍGENAS

Al mismo tiempo, los indígenas formados en los talleres de las órdenes religiosas, y los arquitectos y artistas mestizos y criollos formados en los centros artísticos andinos y mesoamericanos, perfilaron y enriquecieron los modelos europeos. Surgieron nuevas fórmulas espaciales y constructivas, y nuevas iconografías, especialmente marianas, pero también del todo originales, como los ángeles arcabuceros andinos, el Cristo de los Temblores o Santiago Mataindios. Y algunas incluso heterodoxas, como las trinitades isomórficas. Algunas de las nuevas representaciones mestizas se difundieron por Europa, dando a conocer nuevas devociones como la Virgen de Guadalupe de México o santa Rosa de Lima, que alcanzaron un gran éxito. Y también llegaron a la metrópoli géneros pictóricos genuinamente americanos, como la pintura de castas, la defensa eucarística, las genealogías de reyes incas o los retratos

de monjas coronadas. La arquitectura americana en su inicio estuvo determinada por la pervivencia de soluciones retardatarias, como el empleo de las técnicas constructivas mudéjares en el siglo XVI, y por las circunstancias físicas de los nuevos territorios colonizados que obligaron al uso de materiales autóctonos —la piedra chiluca gris y el tezontle rojo en Nueva España, o la quincha prehispánica en Perú—, para remediar el impacto de los frecuentes terremotos en la zona mesoamericana y andina, y de problemas concretos como el suelo cenagoso sobre el que se asienta la ciudad de México. Estos materiales pobres condicionaron el abundante uso de decoraciones superpuestas basadas en yeserías, tallas y pinturas, otorgando a los edificios un aspecto esencialmente decorativo que se convirtió con el tiempo en uno de sus elementos definidores. ■

SURGIERON
NUEVAS FÓRMULAS
ESPACIALES Y
CONSTRUCTIVAS
Y NUEVAS
ICONOGRAFÍAS,
COMO EL ÁNGEL
ARCABUCERO
O SANTIAGO
MATAINDIOS